

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 17

Sevilla—Jueves 22 de Enero de 1903

AÑO XXVII

El ridículo confesado

El ministro de Marina, uno de los puntales principales del edificio conservador, ha naufragado. Pero no confiesa su derrota ni su tremendo fracaso, y en vez de reconocer su equivocación y las perturbaciones producidas en el departamento ministerial que dirige con la creación de tantas juntas, causas, direcciones y consejos, que son causa del desbarajuste que hay en todos los servicios, de que nadie se entienda y no se puedan habilitar pagos de material ni sueldos al personal, siendo una verdadera Babel aquella casa y sus dependencias, tiene la osadía y la arrogancia—escuela silvelista, nea pura—de aventurar especies depresivas y mortificantes contra todas las pasadas administraciones y contra las funciones que dependen de su departamento; y llega más lejos el ministro de Marina: en sus vanas arrogancias, en estos tristemente críticos momentos, pone á la Nación el sello del ridículo, acentuando la nota negra de nuestra escasez de fuerzas navales, después de haber sido uno de los que más han contribuido con su obstrucción desde la junta de la Marina y desde los escaños del Senado á hacer imposible toda acción en caminata á la reorganización de nuestra marina de guerra.

Hombre estudioso y sabio, jaleado por la galería, que siempre está dispuesta aquí á elevar á ciertos hombres, llegó al ministerio de Marina precedido de una fama de competencia y de un profundo conocimiento de todos los asuntos relacionados con las ciencias navales, que muchas gentes llegaron á creer que se nos había entrado por las puertas de casa el salvador de España, el que poseía el secreto de la construcción de barcos, de las dotaciones de material de toda especie, y el regenerador de nuestra Armada naval.

Así parecía deducirse de las mismas declaraciones del Presidente del Consejo de ministros, que llevó á su programa, como uno de los problemas capitales de gobierno, la reorganización de la Marina. Pero así como desde los primeros momentos la opinión vió claramente que el dictador de Gobernación no es más que un hipócrita que tira la piedra contra el silvelismo y trabaja por su cuenta y para su casa, sin hacer nada provechoso y útil, así también, en los primeros pasos que dió Toca, se convenció que tocaba malamente y que el timonel no sabía gobernar el barco, que amenazaba estrellarse ante una roca ó hundirse en el insondable Océano. El barco, efectivamente, se ha venido á pique, y Toca, si sigue rigiendo la Marina por conveniencias políticas, está incapacitado para dar dirección al buque y marcar rumbos que le lleven á seguro puerto, ni siquiera á capear el mal tiempo.

Ministro que declara que estamos en un espantoso ridículo, es ministro muerto, y si no se va, debe echarse por moral nacional y por altas conveniencias patrióticas; y si á esto se agrega ese puñado de injurias lanzado desde las alturas, sin haber exigido la responsabilidad por los hechos que las motivan, no merece ni aun caridad quien así falta á todos los respetos y avasalla todos los prestigios.

Los dignos oficiales de la Armada, que ya han manifestado su sentimiento contra la injusticia con que son tratados, por el prestigio de esa institución y por los respetos á la Patria y al pueblo, volverán por los fueros de su nombre respetable.

Pero si no se puede atribuir á desconocimiento ni á ignorancia lo que hace la persona que dirige el departamento de Marina, obedece á otras causas el fracaso: responde á una política y á una secta que labora incesantemente por la regresión á la Edad media y por la desolación de Es-

paña, para así dominar mejor á los estados pequeños que se formaran y enseñorearse del territorio y de sus habitantes. Es la política nea, católica, vaticanista, que representan en el Gobierno actual los señores Vadillo, Maura y Sánchez Toca; que representan la desmembración de la Patria, procurando las mayores perturbaciones y la desorganización de todo para que así nos lleve, como de la mano, con el desprecio de Europa, al feudo romano pontificio, para constituir un estado místico, sin otra misión que cosechar frutos para la iglesia de Roma.

El ridículo confesado por el ministro es la mejor demostración de que el ministro y el Gobierno entero se ufanan contra la causa de la Patria, y son reos confesados del delito de lesa Nación, al servicio de Roma y de su obispo, al que por entero se consagran los clericales que ocupan el poder.

Sépanlo nuestros marinos.

Sépanlo el país entero.

A. A.

Murmuraciones

Se ha desmentido que en el próximo día del rey D. Alfonso se conceda un indulto general.

Los periodistas que soñaban con verse libres de las garras de la justicia, han vuelto á entristecerse... Seguirán empapelados.

O mejor dicho: seguiremos empapelados, porque yo lo estoy también, gracias á la susceptibilidad de un señor Mingo que tenemos de Delegado de Hacienda en Sevilla, porque me permití dudar de su acertada gestión—de la que sigo todavía dudando—en unos sueltos irónicos.

Es indudable que cuando vayamos á juicio oral, si llegamos hasta allí, el Tribunal se reír á mi Sr. Mingo y me dirá á mí que me vaya tranquilo á mi casa, porque las leyes me dan derecho á murmurar de todos los Mingos habidos y por haber que ejercen autoridad, porque no se pescan delegaciones de Hacienda á bragas enjutas, ni se resuelven expedientes á cerros tapados sin dar que decir...

Pero, en tanto llegamos á este caso, está uno con la espada de Damocles levantada sobre la cabeza, pendiente de un hilo Mingo.

Quedamos, pues, en que no hay indulto general, sino particular, para aquellos criminales que tengan influencias.

¡Qué le vamos á hacer! No hay más remedio que aguantarse y sufrir las inconveniencias de todos estos señores Mingos que vienen á provincias con los calzones rotos, y salen de ellas hechos calzones Merlines.

—Y no se meta usted con Mingo porque lo van á denunciar otra vez.

Tiene usted razón.

Ya él lo dice:

—¡Tengo en mis manos á los Tribunales!

¡Menos, Sr. Mingo!

El Sr. Duque de Tetuán está á las puertas del sepulcro.

Hay que ir haciendo sitio en Atocha para colocar el cadáver de ese gran patriota español.

Porque este señor también ha sido una notabilidad en su género.

Ni Dios lo aguantaba como orador, ni la Virgen lo sutría como político.

¡Una notabilidad para cobrar la cesantía!

¡Ay!... Ya los cronistas no nos darán la lata con lo que piensa y lo que dice el Sr. Duque de Tetuán.

El mes de Enero de 1903 se está portando como una buena persona.

El Liberal de Madrid ha recibido 472 crónicas para el concurso que tenía abierto en este mes.

Y anuncia que ha recibido numerosos telegramas anunciándole que van, camino de Madrid, otras pocas en busca del desengaño.

Como el querido colega anunció que la crónica había de hacerse sobre un suceso ocurrido desde los días 10 al 20 del mes

que nos rige, y durante esos días no hemos contado más que crímenes, le tengo lástima al Jurado que haya de examinar las 472 crónicas.

La lectura de ellas será como la visita á un cementerio.

El asunto de Borbón, me refiero al general, trata de solucionarse de un modo particular... Doña Isabel, nuestra infanta, desea que acabe ya ese escándalo borbónico y que quedemos en paz. ¡A ver! Esos tribunales, que se enteren... ¡A callar! ¡Es Borbón! Boca abajo las leyes, la autoridad. Aquí no ha pasado nada. Puede el juego continuar.

Consejos y reflexiones que escribe Erasmo, un buen escritor:

“Todo debe ceder, inclinarse y supeditarse á la “idea”.

La personalidad del jefe de partido debe morir, desvanecerse ante el sagrado tesoro de los principios y de las ideas.

De tal modo es esto, tan ingeniosamente están combinadas estas cosas, que si la idea sube y luce, la persona no brilla ni aparece. Si la persona todo lo abarca, ilumina y sintetiza, la idea se extingue, se debilita y muere.

Los partidos políticos españoles, sépanlo los liberales y canalejistas, lo que necesitan son “ideas”, principios, bases firmísimas y arraigadas. Teniendo las “ideas”, las “arraigas” deben en absoluto indiferentes.

Porque en política la idea “salva” y la persona destruye y aniquila.

Pero como las ideas no flotan en el ambiente, sino que encarnan en una personalidad, de ahí que ésta sea necesaria.

Ya se sabe que la carne está sujeta á error, y que la idea subsiste... pero también es verdad que la idea, si sola, si triunfa, es de un modo nominal, teórico.

Y se hace necesario el triunfo práctico.

Por eso todas las ideas necesitan un Jesús que se deje crucificar.

Gran revuelo hay armado en Madrid entre el ministro Sr. Sánchez Toca y los marinos de alta graduación, y héroes por consiguiente.

Un colega, apuntando alto y bien, exclama:

“El Sr. Sánchez Toca debiera convenecer á la opinión de la justicia de sus cargos á la Marina diciéndola: estas gratificaciones suprimi, estos abusos corté, con estas correptelas acabé. Mientras no haga eso, creeremos que ha procurado el aplauso de vulgo y que ha realizado una farsa en monoscabo del honor de la Marina.”

No hace falta que lo diga el señor ministro, y ya se conoce que el colega que habla—*El País*—no sabe una palabra de lo que sucede en los arsenales del Estado.

Todo cuanto hiciera el Sr. Sánchez Toca en estos asuntos sería poco, y no es al vulgo al quien tiene que convencer, porque el vulgo sabe de sobre lo que sucede.

Nosotros creemos que hasta el ministro de Marina no habrán llegado ni la mitad de los abusos y depravaciones que se cometen en los arsenales; para que los conociera sería necesario que estuviera en ellos, de incógnito, un mes siquiera, aunque no fuera más que de simple obrero.

Confesamos ingenuamente que la actitud del actual ministro de Marina nos resulta simpática, y nada nos importa que sea conservador, ni que fuera carlista.

Conocemos verdaderos horrores administrativos, no precisamente de ahora—digámoslo en honor de la verdad—sino desde hace largo tiempo.

Y donde lo saben bien es en la vecina ciudad de Cádiz.

Vaya á Cádiz el ministro de Marina, é infórmese como Juan Particular.

Y saldrá con las manos en la cabeza.

Si hemos de entrar en una era de regeneración y moralidad, es necesario que ayudemos á los hombres que pretenden sanear la administración pública de vicios consuetudinarios, no precisamente en la Marina, sino en todos los órdenes.

Rindamos todo á la verdad y á la honradez en quien quiera estén personificadas estas cualidades.

Les hablé á mis lectores de un cura de

Logroño que había matado á su novia...

—¿Novia un cura?

Si señor: todavía no había llegado á desposarse con ella como ellos se desposan: haciéndola su ama.

Pues bien, la causa se ha visto en aquella audiencia, y el Jurado ha dado veredicto de *culpabilidad*, apreciando la agravante de *premeditación y alevosía*.

¡Anda, curita! Consagra á Dios: hazlo bajar á tus manos, teñidas en sangre inocente, á ver si te libra de la horca.

El jefe del partido liberal inglés se casa.

Y ha ido á buscar novia, como buen inglés, al país del oro, á Nueva-York.

Oigamos el relato:

“Lord Rosebery se casa; y, como buen inglés, por más que sea liberal, después de pasar revista á las fortunas británicas, se ha convencido de que sus paisanas no reunían grandes tentaciones bajo el punto de vista económico. Con este convencimiento ha dirigido su vista á la República norteamericana, vasto بازار que explota los surtermanos de los insulares, sin perjuicio de hablar perrerías de ellos.

La afortunada que ha conseguido cautivar el corazón del prócer inglés, es Mistress Chamacéy, viuda, bien conservada y en expectativa de reincidencia, que, aparte de su blanca mano, aporta al matrimonio una dote que no bajará de veinte millones de dollars. Como se ve, tratase de un verdadero matrimonio de inclinación... al oro.”

Me gustan estos ingleses por lo práctico que son.

¡Quién encontrara otra viudita por el estilo y con los mismos millones de dollars!...

CARRASQUILLA.

Moralizando

Deber es de todos cuantos se preocupen en purificar las costumbres y enaltecer las funciones democráticas no dar el olvido la circular sobre elecciones del actual ministro de Gracia y Justicia.

La desconfianza con que suelen recibirse estas excitaciones gubernativas no justifican la negación absoluta de los buenos propósitos del señor Dato.

Noblemente hay que declarar que, acaso en punto á sinceros, en punto á acometidas reformistas y moralizadoras, más terreno que el melifluido Maura tiene ganado en la opinión el ministro de Justicia, con el que puede formar pareja el de Marina, hoy injustamente combatido porque pretende castigar con dura mano el desbarajuste de los arsenales y los privilegios de un exagerado é innecesario personal.

Los males del país, la corrupción que invade todas las manifestaciones de la vida nacional, no están en las leyes, sino de modo muy accidental. Están en los hombres. Están en la falta de conciencias. Perdida la integridad, la consecuencia y la fé; contaminados en aldeas y ciudades los factores políticos; pengida en diosa de buen acomodo la componenda y convertido en *estado de derecho* el falseamiento del espíritu y de la letra de los preceptos legales para lograr personalísimas conveniencias, es absolutamente imposible que la justicia y la verdad se impongan y rezplandezcan.

Salir de esta triste situación no es fácil, sin que precedan heridas y conmociones que den y afirmen las soluciones radicales y transformadoras, deseadas y defendidas por los espíritus varoniles é irreductibles á los convencionalismos inmorales que debilitan nuestras energías.

Claro es que, comparado con lo mucho que ha de hacerse y debe hacerse, esos pocos moralistas de Dato y Sánchez Toca sólo constituyen una indefinible y mínima expresión de voluntad, todavía impropia, para dar carácter y vigor á la obra revolucionaria que en orden á las ideas y á los hábitos de nuestro pueblo precisa realizar.

Pero también es claro que no mucho

más puede esperar la opinión democrática de estos hombres, que aun siendo impulsados por recto espíritu nacido de íntimas convicciones, tropiezan en la práctica con las arraigadas y pecadoras tradiciones del partido conservador en que figuran, acompañados de una cohorte de políticos que son verdaderas antiguallas, cuyo intelecto es un zurcido de retazos, formado con los anacronismos de todos los tiempos.

Vienen á demostrar estas orientaciones, pregonadas por los representantes del Gobierno, la implícita condenación de toda la obra llevada á cabo por los restauradores de la dinastía.

Y si es provechoso el refrán "del enemigo el consejo", aceptémoslo ahora con sentido práctico, sacando las consecuencias indefectibles á los clamores más ó menos sentidos de los consejeros responsables.

Combatamos á porfía al cacique inicu, al funcionario venal y al vividor político, sin hacer caso de plañideras ridículas, que con impropia compasión, cuando llega la hora de la pena, tuercen ó anulan la acción bienhechora del castigo.

Si así lo entendieran muchos en las poblaciones importantes y en los distritos rurales, algo más les valdría su capa.

MARCIAL DORADO.

Remedios

Muy fácil es criticar los actos ajenos; muy sencillo es aprobar las buenas acciones, pero cren algunos, ¡qué dígo! muchos, que es tarea árdua indicar los remedios de los males que padece el gran cuerpo social español.

Nada tan erróneo.

El remedio único consiste en tener siempre presente que muchos de nuestros antepasados perdieron la libertad y la vida para que nosotros llegáramos á disfrutar de derechos que ellos no gozaron, y que nosotros hollamos esos derechos adquiridos, de manera vergonzosa, con nuestra indiferencia criminal, preparando así á nuestros hijos una herencia de baldón, de ignominia y de execración.

¿Por qué, hasta ahora, ha sido el sufragio universal una farsa, un embuste, un arma poderosa, esgrimida contra los mismos que la poseen?

¿Por qué cada día que pasa hunde á España, y á los españoles más hondamente, en un lodazal de pestilente nauseabundez política?

¿Por qué los escritores anglosajones se complacen en ponernos en continuo parangón con Turquía?

¿Por qué, en fin, nuestra unidad monetaria sufre una continua depreciación, cotizándose en el extranjero por algo más de la mitad de su valor?

Y dejando la cuestión general para no ocuparme más que de lo que atañe á Sevilla, ¿por qué es la tercera capital de España, la más menguada en política, la más impopular en generosas iniciativas y en la que mayor número de bigardones políticos medran á su sombra?

¿Por qué?

¡Ay, por qué!

Aquí podría desatarme en epítetos á cual más malsonantes y á cual más merecidos, asestados á los de arriba y á los de abajo; pero como con eso no se adelantaría un paso, me contentaré con decir á los de abajo que son unos mandrias, y como desagravio, les indicaré el remedio á sus males: remedio tan sencillo como eficaz para transformar á Sevilla en una ciudad respetada, de la que tendrán que huir los que de la muerte nuestra viven.

Haciendo uso del sufragio universal en toda su pureza, los electores encargados de nombrar á sus representantes y administradores de sus bienes.

No dejándose sobornar por las tradicionales dos pesetas y las medias cañas, con las que hasta hoy habéis vendido nuestro voto.

Sacando de entre la falanjería de elegibles los pocos mirlos blancos capaces de defender vuestros intereses, por ser familiarizados con vuestros trabajos y estar al tanto de vuestras necesidades y aspiraciones.

No os dejéis deslumbrar por tal ó cual apellido más ó menos ilustre; Pérez á se-

cas, López ó Moreno, pero que sean hombres que tengan sobre los Esquivel, los Manjón y los Tassara (muy señores míos) la ventaja de merecida popularidad, de beneficios hechos al pueblo; hombres de tesón no arrimados á la cola, y de armas tomar en las circunstancias graves.

Se acercan las elecciones, y vuestro indiferentismo es tan patente, vuestra venalidad tan conocida, que ya el partido conservador os está sumando, por cientos en sus listas.

El partido liberal, que nunca lo fué de hecho, va recogiendo, también, prosélitos.

En fin, se cuenta con ustedes para hacer el juego de los que especulan con vuestro trabajo y mansedumbre.

Dad un desengaño á esos aspirantes al cacicazgo sevillano, eligiendo á hombres libres, de historia limpia y que no tengan conexión con nada que huela á clericalismo ó á aficiones borbónicas.

Tal es el remedio que me parece dable.

Reformar esa carabina de Ambrosio, que ha sido hasta hoy el sufragio universal, en un arma terrible, en oposición al hisopo de Rampolla y á la daga florentina y el matíser de Silveira.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

Cómo miente un cardenal

Pues señor, no hay manera de entender á esa gente de Iglesia. En sus libros, discursos y peroratas, están continuamente asegurando que nunca ni por nadie es lícito mentir, y ellos mientan á diestro y siniestro siempre que les acomoda y conviene.

En los libros de Moral, oficiales en la Iglesia, se suelen incluir las siguientes cuestiones:

—¿Qué es la mentira?

—Es lo contrario de lo que se piensa, ya se manifieste con palabras ó con hechos.

—¿Es lícita la mentira?

—Nunca; es siempre pecado, más ó menos grave, según el daño que acarrea.

—No se podría mentir alguna vez en atención al bien ó ventajas que de la mentira podrían sobrevenir?

—Nunca. Aunque por una mentira se pudiese hacer la felicidad de todos los hombres, aunque se hubiese de destruir el infierno y libertar á todos los condenados, aunque se hubiese de rescatar á todos los reducidos en el purgatorio y se hubiesen de llenar los cielos de justos, nunca sería lícita la mentira.

—¿Ni aunque se tratara de salvar la fortuna, la honra y la vida de todos los seres humanos?

—Aun así. La mentira no es lícita á nadie, en ninguna ocasión, ni por ningún fin, por elevado y sublime que sea.

Así se explica la Iglesia; no dirán mis lectores que su moral no es rígida y absoluta.

Lo malo es que en la práctica toda esa rigidez y puritanismo se va por los suelos y hace de su moral y sus dogmas mangas y capirotes.

Cosa graciosa es ver defender la verdad con tantos bríos á la *religión de las mentiras*; pues no ha habido colectividad religiosa en el mundo que haya hilvanado más mentiras que la Iglesia católica.

La historia de Cristo y de los apóstoles está plagada de falsedades; embustes á miles se hallan esparcidos á los cuatro vientos en su era de catacumbas y martirios, y todos los efectismos y trapacerías de la magia más burda llenan la historia de los primitivos tiempos cristianos.

La Iglesia católica, que reclama el exclusivo privilegio de haber sido instituida por la Verdad absoluta, ofrece un conjunto de todas las mentiras imaginables.

Mentiras hay en sus tradiciones y en sus leyendas; mentiras en sus santos y en sus héroes; mentiras en sus ritos y ceremonias; mentiras en sus tribunales; mentiras en sus devociones y misticismos; mentiras en sus fines; mentiras en sus medios, y mentiras en sus palabras.

Por la mentira se infiltró en el seno de las sociedades primitivas; por la mentira entronizó su poder en la Edad Media, por la mentira domina aún y sojuzga hoy en la época contemporánea.

Mentira es su poder, mentira su pureza y santidad, mentira sus irritantes privilegios, mentira la misión que asume y mentira la vitalidad y lozanía que ostenta.

Pata destruir lo construído por la Iglesia basta y sobra con el aziete formidable de la Verdad.

Y si la Iglesia católica es la religión de las mentiras por excelencia, sus hombres, sus representantes y ministros, son también los embusteros por antonomasia.

Miente el Vaticano fingiendo apuros, miserias y escaseces, mientras nada euforiza la abundancia, el lujo y el esplendor. Pide y pide sin cesar, afirmando que se halla prisionero el Pontífice, siendo así que nadie coarta su libertad en lo más mínimo.

Mienten los obispos al presentarse como víctimas de los poderes civiles, gimiendo y llorando en perpétua elegía, mientras esquilman su místico rebaño, gozan de la impunidad más absoluta y cometen á mansalva toda suerte de tropelías y abusos.

Mienten los frailes y monjas fingiendo ante el mundo haber desertado de todas las comodidades y placeres, mientras se solazan en el seno de todas las comodidades y molice que se derivan de la estéril vida contemplativa. Mentira es su pobreza, mentira su castidad, mentiras sus austeridades ascéticas, y farsa, dolo y embuste, todo el complicado mecanismo de la vida monástica.

Zánganos perpétuos de la colmena humana, su destino y misión social es vivir siempre á costa de los demás, explotando la credulidad de los necios y la mina inagotable de sus místicas trapacerías.

Miente el clérigo que sonsaca á sus feligreses con su falso celibato, sus sobrietas postizas, su infierno dantesco, su purgatorio cavernoso, cuyas llamas cuecen el rico puchero rectoral, y con mentiras y fraudes escarba las bolsas para el mendigo prisionero del Vaticano, para el *Fan de San Antonio*, última martingala clerical; para San Expedito, agente de matrimonios; y si algún prestigio conserva toda vía entre las falanjes de fanáticos es á fuerza de continua farsa, fingimientos y embusterías.

Miente la mal llamada hermana de la Caridad, que engorda y se esponja con las gallinas destinadas á los enfermos, haciendo del hospital y del asilo repugnante bazar y tienda donde se explotan todas lacertias y miserias humanas.

Todas estas consideraciones me las ha sugerido el cinismo y descaro del cardenal Sancha, arzobispo de Toledo, al verlo mentir con tanto descaro en su pestrera visita á Sagasta moribundo.

Todo el mundo sabía en España que Sagasta era incrédulo y escéptico hasta la médula. Contemporizaba con el clericalismo por conveniencia; pero en su fuero interno odiaba de muerte á los obispos, curas y frailes, riéndose de toda la gerigonza de las prácticas y ritos de la Iglesia católica.

Se afilió á la masonería desde muy joven, por cuyo motivo le cogía de medio á medio la excomuniación lanzada por los papas contra los inscritos en la famosa secreta Asociación.

Sagasta, pues, solo por este motivo, excluyendo su incredulidad volteriana, era incapaz de recibir los sacramentos, á no haber precedido una abjuración pública y solemne de sus ideas anticatólicas.

Pero la Iglesia no se anda en pelillos cuando se trata de pescar un pez gordo, y queriéndole hacer pasar por la farándula de su confesión para luego cantar el *trágala* á los liberales, se plantó muy de mañanita en su casa el cardenal Sancha.

Este señor es un Sagasta blanqueado, y por eso era amigo y confidente del difunto exmilitario.

Sagasta, al verle entrar á aquella hora tan extemporánea, se sobresaltó y dijo:

—¿Qué ocurre, padre?

Y el cardenal, tomando un aire bonachón, contestó:

—Nada de particular. (Primera mentira.)

—Como viene usted tan madrugador...

—Voy á irme á Toledo en el tren de las ocho de esta mañana, y pasaba por aquí y he dicho:

Pues voy á subir á ver qué tal sigue mi buen don Práxedes. (Segunda mentira.)

—Pues bastante mal. ¿Cree usted que saldré de esta?

—¡Ya lo creo! ¡Si eso no es nadal! Un simple resfriado. (Tercera mentira.)

—En fin, paciencia.

—Me han dicho que tenía usted que hablar-me de cosas importantes. (Cuarta mentira.)

—¿Vc? No recuerdo...

—Sí, de cosas íntimas. A sus años y con tantos achaques... quizás algún asunto de conciencia... Ya sabe que yo aheho su bienestar aquí y en el otro mundo. (Quinta mentira.)

—¿En el otro mundo? No le comprendo, padre.

—Vaya, le hablaré claro. Usted ha sido siempre buen cristiano (sexta mentira), y puesto que su enfermedad es grave, ¿tiene usted algo importante que decirme?

—¡Ah! Comprendido, comprendido. Yo tranquilo, señor Sancha; creo que no es ocasión para ello, y ya tendré tiempo para hablar despacio.

—Entonces le espero á usted en Toledo, don irá muy pronto á devolverme la visita. (Mentira mentira.)

Y el cardenal Sancha se retiró de la estancia fresco y satisfecho.

Las visitas le rodearon con ansiedad, preguntándole:

—¿Se ha confesado?

El cardenal sonreía con el misterio y, dándole á entender que sí, decía:

—No puedo decirle nada. Son cosas secretas (Octava mentira.)

Y se fué.

De modo que, según vemos, en pocos días el cardenal Sancha echó más mentiras que palabras.

La Iglesia, como hemos visto, desaparece en sus libros y anatematiza siempre la mentira; la declara enorme pecado é ilícita en todas las ocasiones, aunque se trate de salvar al mundo entero, mucho más á un Sagasta.

Y esa misma Iglesia enseña y dice que los moribundos ha de decirseles la verdad desnuda, aunque les asuste y aflija, pues el alma es antes que todo.

El cardenal Sancha, si hubiera querido ser lógico con lo que representa y cumplir con su deber, debiera haber dicho á Sagasta:

—Amigo mío, usted se muere á chorros, hecho usted muchas cosas malas en este mundo y varias picardías gordas á la Iglesia. Y ahora ahora nos hacía usted el caldo gordo, es por lo que dejar al mundo un testimonio de arrepentimiento. Confíese usted conmigo, que te he tanta fe y catolicismo como usted, y yo le permito que, apesar de todos sus borrones, entrará usted en el cielo vestido y calzado.

¿No habló así el cardenal? Pues mintió, y murió con un moribundo. Y eso está muy feo, señor Sancha.

Pero una mentira más en nada afecta á la religión sublime, fundada y sostenida con hermosas mentiras.

FRAY GERUNDO.

TEATROS

SAN FERNANDO

Ante una regular concurrencia se presentó anoche la preciosa comedia de Pérez Galdós *La de San Quintín*.

En ella estuvo la señora Cobeña á un vistible altura, viéndose interrumpida varias veces por los aplausos del público.

Muy bien la simpática señorita Palmira, que con la señora Vedia y los señores Echaide y Palanca, ayudaron á la buena interpretación de la obra.

CERVANTES

Anoche fué representada en este teatro la popular zarzuela *Gigantes y cabezudos*, que proporcionó un triunfo más á la simpática primera tiple señorita Carmen Domingo. Fueron repetidos el coro del motín de verduleras y el de repatriados, siendo en este ovacionado singularmente, y en justicia, al señor Valle.

Al final de la obra hubo de levantarse el telón varias veces, entre generales aplausos.

DUQUE

Don Joaquín Arqués y don Servando Cerbón no tuvieron otro propósito, al escribir la obra estrenada anoche, que hacer pasar un rato agradable y entretenido á los espectadores, y como esto lo han conseguido, la revista obtuvo un buen éxito cuando se estrenó en Barcelona y en Zaragoza, pudiendo decirse lo mismo de Sevilla.

Estos viajes cómico-líricos en que hay desfile de tipos por largo, gran número de decoraciones de efecto y lucido vestuario, por lo general alcanzan el favor del público; y si á lo enumerado acompaña una música agradable, algunos chistes de buena ley y unas señoras del coro que se traigan *prendas físicas*, no hay duda de que las empresas ganan el dinero y los actores y autores muchos aplausos.

Y como allí no se va á buscar más que recrear la vista un rato, si el espectador sale con su propósito cumplido no pide más y se da por contento.

La revista *A países desconocidos* ó la *herencia de un cocinero* está dividida en